

La mística popular en la ciudad*

Jorge R. Seibold**

Sumario

A partir de la expresión de Aparecida, “Dios vive en la ciudad” (DA 514), el autor se propone una reflexión sobre la presencia de Dios en medio de las poblaciones que habitan las grandes ciudades.

Estructurado en tres partes, el artículo dedica su primera parte a evidenciar la necesidad de una pastoral que, saliendo de los templos, llegue al “hábitat” de todos los sectores que conforman la gran ciudad, en respuesta a los grandes desafíos que esta realidad plantea.

A partir del reconocimiento de un triple modo de presencia de Dios en el mundo, el texto dedica su segunda parte a estudiar la “Piedad popular”, como uno de los fenómenos particulares de nuestros pueblos y que viene a ser, en palabras de Aparecida, antesala de la vida mística de los creyentes.

Finalmente, desde el reconocimiento de la mística cristiana como experiencia espiritual en la que los

* El texto recoge una ponencia presentada por el autor durante el Congreso “Vivir la fe en la ciudad de hoy. Las grandes ciudades latinoamericanas y los actuales procesos de transformación social, cultural y religiosa”, dentro del Proyecto internacional e interdisciplinario de investigación sobre Pastoral Urbana, realizado del 26 de febrero al 2 de marzo de 2013 en las instalaciones de la Conferencia Episcopal Mexicana, Lago de Guadalupe, C. Izcalli, Edo. México.

** Sacerdote Jesuita jorge.seibold@gmail.com.



fieles sienten y experimentan una presencia amorosa de Dios que los conduce los envuelve y los transforma, en su tercera parte el artículo describe las características de esta mística y hace ver cómo se despliega de diversa manera en nuestros pueblos, mayoritariamente concentrados en las grandes ciudades. Cierra el artículo un “Epílogo” que vincula la “Mística popular” con la “Pastoral urbana”.

Palabras clave: Experiencia espiritual, Pastoral urbana, Piedad popular, Mística popular.

Popular Mysticism in the City

Abstract

From the Aparecida affirmation, “God lives in the city” (DA 514), the author reflects on the presence of God amongst the people who live in big cities.

The article, divided into three parts, in the first part shows the need for a pastoral, capable of going forth from the churches and becoming a vital presence in the habitat of the different sectors that comprise the big city, in response to the major challenges of this reality.

Conscious of a triple mode of presence of God in the world, the text dedicates the second part to examining popular piety as one of the characteristic phenomena of our people and in the frase of Aparecida, constitutes the beginning of the mystical life of believers.

Finally, taking into account that Christian mysticism is a spiritual experience through which the faithful discover the loving presence of God that both leads them, overpowers and transforms them, the third part of the article describes this mysticism and shows the different ways it takes shape in the life of our people, especially those who live in big cities. The article finishes with an epilogue that connects popular mysticism with urban pastoral.

Key words: Spiritual experience, Urban pastoral, Popular piety, Popular mysticism.

Introducción

El tema que ahora voy a desarrollar tiene que ver con las vivencias más íntimas y profundas que ocupan el espacio de nuestras poblaciones urbanas, como podrían ser las de Buenos Aires, México, San Pablo o cualquier otra de nuestras grandes urbes latinoamericanas y caribeñas.

El tema tiene que ver con Dios y su distinto modo de presencia que se revela en nuestras urbes y muy particularmente en esas poblaciones que las habitan y que son los verdaderos sujetos de esas experiencias.

Quizás una de las más felices expresiones del Documento de Aparecida sea la que dice “Dios vive en la ciudad” (DA 514). Esta afirmación tiene toda su verdad si la vemos con los ojos de la fe, tal como el comienzo de la frase lo indica: “La fe nos enseña que Dios vive en la ciudad”. Pero a continuación el Documento de Aparecida nos dice que ese habitar no es un mero habitar exterior como lo sería el de cualquier vecino que habita en su casa, en la calle o en el taller de su trabajo. Ese habitar tiene su epicentro en el corazón de nuestros propios pueblos donde se dan sus más internos y expresivos sentimientos: “Dios vive en la ciudad en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos” (Idem). Es decir Dios habita en medio del corazón de nuestras poblaciones. Y todavía el texto lo aclara más cuando explicita a continuación: “Las sombras que marcan lo cotidiano de las ciudades, como por ejemplo, violencia, pobreza, individualismo y exclusión, no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos” (Idem). Y no solamente podemos contemplar a Dios en estas situaciones negativas, sino también en las positivas, como lo dice el mismo texto, al hacernos notar que “Las ciudades son lugares de libertad y oportunidad. En ellas las personas tienen la posibilidad de conocer a más personas, interactuar y convivir con ellas. En las ciudades es posible experimentar virtudes de fraternidad, solidaridad y universalidad. En ellas el ser humano es llamado constantemente a



caminar siempre más al encuentro de otros, convivir con el diferente, aceptarlo y ser aceptado por él.” (Idem).

Es ahora que nos toca internarnos para ver más a fondo el sentido de este habitar de Dios en la interioridad humana y en su completo despliegue que alcanza su exterioridad, su vida, su sentir, su pensar, su actuar y su relacionarse con los demás para formar así justamente la urdimbre de esta ciudad en la que vive y que hace de la ciudad no solamente un ser complejo y social, sino además un ser deificado por Dios y en Dios, porque este habitar de Dios en la ciudad, significa también que la ciudad está en medio del corazón de Dios. Aparecida también lo dice en el número siguiente al afirmar que “El proyecto de Dios es ‘la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén’, que baja del cielo, junto a Dios, ‘engalanada como una novia que se adorna para su esposo” (DA 515) y el texto de Aparecida retoma el mismo texto del Apocalipsis cuando en sentido simbólico agrega que esa ciudad es “‘la tienda de campaña que Dios ha instalado entre los hombres. Acampará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido’ (Ap.21,2-4)”. Pero este juicio no es meramente escatológico destinado a cumplirse recién al final de los tiempos. Así lo reconoce también el texto de Aparecida, cuando a continuación dice: “Este proyecto en su plenitud es futuro, pero ya está realizándose en Jesucristo, ‘el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin’ (Ap.21,6)”, que nos dice ‘Yo hago nuevas todas las cosas (Ap.21,5)’ (Ibid).

Ya todos estos textos nos introducen en la problemática misma de nuestra reflexión y de nuestro trabajo que tiene que ver con la mística popular que se da en nuestras populosas ciudades. Lo haremos brevemente en tres partes¹.

En un primer apartado nos asomaremos al problema del desafío urbano y a la necesidad de una pastoral que salga del Templo y alcance a los mismos medios populares en su mismo “habitat”. En el

¹ Para un tratamiento más extenso véase nuestro trabajo: SEIBOLD, Jorge R. (2009). Piedad popular, mística popular y pastoral urbana. Sus vinculaciones según el documento de Aparecida. *Medellín*, 35 (138), 207-226.

segundo apartado ahondaremos lo que significa en esa práctica pastoral la “Piedad popular”. Este segundo acercamiento, que es tratado especialmente en el Documento de Aparecida en su capítulo 6, nos ayudará a comprender lo que queremos significar cuando hablemos de “Mística popular”, expresión que también aparece en el texto de Aparecida como lo veremos en su oportunidad. Finalmente todo ello ayudará a tratar en un tercer apartado el tema propiamente propuesto de la “Mística popular en la ciudad”. Cerraremos esta exposición con un “Epílogo” que nos vinculará la “Mística popular” a la “Pastoral urbana”.

1. La urbe y sus grandes desafíos pastorales

El Documento de Aparecida en su capítulo segundo (nn.33-97) nos plantea la complejidad de los procesos sociales, económicos, políticos a que están sometidos nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños tanto en el plano local, regional o a escala mundial con los nuevos fenómenos de la globalización. Nosotros no vamos a entrar en estos escenarios en su detalle, sino que nos remitimos a algunos de los exhaustivos estudios que ya se han realizado sobre ellos². Los damos por supuestos y conocidos por nuestra diaria experiencia y por la nueva información constante que recibimos sobre ellos. Lo cierto es que vivimos en una sociedad que hoy en día se halla aglomerada por diversas causas en grandes ciudades. Se estima que más del 80 por ciento de nuestras poblaciones de América Latina y el Caribe viven en medianas y grandes ciudades, y que sólo una minoría habita en la campaña o en zonas todavía impenetrables. Pero este “apiñamiento” no es simple y homogéneo, sino que es altamente heterogéneo por diferencias multiculturales, raciales, económicas, sociales y religiosas. Además, al estar atravesadas estas altas concentraciones humanas, desde el centro hasta las periferias, por diferentes “imaginarios urbanos” con sus determinaciones “tradicionales”, “modernas” y “posmodernas”, les da a nuestras ciudades una mayor complejidad, que por un lado las hace propicias a situaciones conflictivas y problemáticas, pero al mismo tiempo se presentan como un mayor desafío a la Evangelización y al crecimiento en el Espíritu³.

² Véanse, a modo de ejemplo, los estudios sobre este tema contenidos en el libro, coordinado por José de Jesús Legorrotea, titulado 10 palabras clave sobre pastoral urbana en América Latina. Estella: Verbo Divino, 2007. 343 p. (Colección Diez Palabras Clave, No.37)

³ Sobre los “*Imaginarios Urbanos*”, véase entre otros nuestro trabajo: Pastoral comunitaria urbana. Desafíos, propuestas, tensiones. *Stromata*, 57, (1-2), 47-82



Ante esta situación y desafío nos llama la atención que la Iglesia Latinoamericana, en sus grandes documentos, especialmente a partir de Puebla en 1979, luego en Santo Domingo en 1992 y últimamente en Aparecida en el 2007 llame con insistencia creciente a implementar nuevos modos de acción pastoral y muy especialmente en las zonas urbanas. El Documento de Santo Domingo (SD 257) nos lo dice claramente:

La Iglesia en la ciudad debe reorganizar sus estructuras pastorales. La parroquia urbana debe ser más abierta, flexible y misionera, permitiendo una acción pastoral transparroquial y supraparroquial. Además, la estructura de la ciudad exige una pastoral especialmente pensada para esa realidad. Lugares privilegiados de la misión deberían ser las grandes ciudades, donde surgen nuevas formas de cultura y comunicación.

Igualmente Aparecida en su segundo capítulo y después de haber planteado la nueva realidad de las grandes ciudades describe la “situación de nuestra Iglesia en esta hora histórica de desafíos” (nn. 98-100) y señala sus actuales falencias y también sus aportes como son la renovación bíblica, la catequética, la litúrgica, la renovación sacerdotal y laical con la creación de nuevos ministerios laicales, la creación de nuevos espacios evangelizadores, que van más allá del templo, lo que implica una profunda renovación de la Parroquia tradicional y de sus estructuras anquilosadas en la recepción pasiva de los fieles y que ahora están cambiando con la introducción de diversos métodos de nueva evangelización, transformándose en comunidad de comunidades evangelizadas y misioneras. Se constata, en algunos lugares, un florecimiento de comunidades eclesiales de base...Se valora la presencia y el crecimiento de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades que difunden su riqueza carismática, educativa y evangelizadora. Se ha tomado conciencia de la importancia de la Pastoral Familiar, de la Infancia y Juvenil” (DA 99e)⁴.

Y junto con ello son innumerables las iniciativas que tienen que

⁴ Como un ejemplo véase el reciente trabajo coordinado por el Pbro. Benjamín Bravo, de la Arquidiócesis de México: *Para comprender la Iglesia de casa. De la conservación a la misión*. Navarra: Verbo Divino, 2011. 161 p. (Colección para comprender)

ver con la pastoral social con la que se quiere plasmar en la práctica los grandes principios de la Doctrina Social de la Iglesia. Igualmente son notables los progresos que se están haciendo en diversas partes de nuestro Continente Latinoamericano para relanzar con un nuevo rol a los “Santuarios” y a la “Piedad Popular”, para que no se conformen con ser solamente meras expresiones de nuestra identidad católica, sino que, además, se conviertan en verdaderos centros de movilización y evangelización de nuestro pueblo. No por nada el Documento de Aparecida habla de ser “discípulos misioneros” (DA. 33 y ss.). Es por ello que en estos últimos años se ha ido imponiendo paulatinamente el que “muchas Iglesias particulares hayan avanzado en la estructuración de una Pastoral Orgánica, para servir mejor a las necesidades de los fieles” (DA.99g). A esta finalidad el Documento de Aparecida hace un fervoroso llamamiento, en su capítulo 6, en favor de la “Piedad Popular” y considerarla no sólo como una práctica devota, sino como una “espiritualidad popular”, y que llega a calificar como una verdadera y auténtica “mística popular” (Ibid).

Después de este pantallazo que nos ubica en nuestras ciudades latinoamericanas y caribeñas y sus grandes desafíos a la Pastoral Urbana podemos ahora comenzar a analizar uno de sus fenómenos particulares y específicos como es la “Piedad popular” en tanto antesala a la “Mística popular”, que trataremos luego en la tercera parte de este trabajo.

2. La “Piedad Popular” como antesala a la “Mística Popular”

Tanto la “Piedad Popular” como la “Mística Popular” nos hablan de una experiencia espiritual en la que se manifiesta el Misterio de Dios en sus diferentes “Presencias”. Por eso sería conveniente, antes de desarrollar este segundo apartado, distinguir los diferentes modos de entender la “Presencia Divina”, ya sea en el “Mundo temporal”, como en el “Cielo”, es decir, cuando alcancemos la vida eterna y estemos más allá del tiempo. La teología cristiana, en algunos de sus autores más representativos, nos dice que Dios se hace “presente” en este “Mundo temporal” de un triple modo⁵.

⁵ Así San Juan de la Cruz en su canción 11 del “Cántico Espiritual (B)” nos dice que Dios muestra su “presencia” en el alma de un triple modo. Por “Esencia”, por “Gracia” y por “Afecto espiritual” por el cual se muestra el peculiarísimo amor por el cual Dios, el Amado, mora en su amada, que es el alma transfigurada en su amor, y a su vez su amada mora en



Primero, por su “Esencia”, Dios se halla en todas las cosas, materiales y espirituales, ya que sin su “presencia” todas las criaturas, cualesquiera que ellas fueren, no podrían existir.

En segundo lugar, Dios se hace “presente” por su “Gracia”. Esta segunda “presencia” está en todos aquellos que libremente la aceptan reconociendo por sí o por otros la salvación que viene del Padre por medio de Jesucristo, su Divino Hijo y que opera en ellos por obra del Espíritu Santo, que los pone con sus dones en comunión de amor con el Padre y el Hijo. Aquí comienza a hacerse de un modo incoado y consciente la vida mística que se halla en el corazón de todos los creyentes, a partir del Bautismo, los restantes Sacramentos, la Palabra de Dios e incluso la “piedad popular”, tal como el mismo Documento de Aparecida lo recomienda en su capítulo 6, cuando trata el tema de “La piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo” (cfr. DA 6.1.3). El Papa Benedicto XVI en su discurso inaugural de la Reunión de Aparecida recordó la “rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos” (Doc I, 1) y la presenta como “el precioso tesoro de la Iglesia Católica en América Latina” (Ibid, DA 258).

El tercer modo de “Presencia divina” en el mundo de los creyentes es la que se da por “Pertenencia y Transformación”. Es con otras palabras el “afecto espiritual” del cual habla San Juan de la Cruz en su “Cántico Espiritual”. Los fieles a través de su vida, y con la ayuda e iniciativa divina, van ahondando y enriqueciendo, con el correr del tiempo y a través de múltiples experiencias, su conciencia de habitar en el “Misterio de Amor” que los constituye, los penetra por todos sus poros corporales y espirituales y los transforma en nuevas criaturas, donde Dios se manifiesta con todos sus dones y los conduce de un modo personal, en una Vida que con razón podríamos llamar propiamente “mística”⁶, ya que en ella los fieles están centrados, penetrados y transformados en el amor a Dios y al prójimo, y donde Dios tiene la

El por su afecto y con total singularidad. Pero estas presencias son “encubiertas”, por eso la “experiencia espiritual” es el lugar donde ellas más plenamente se “manifiestan”. No por nada la canción 11 se inicia con el verso “*descubre tu presencia*”.

⁶ Sobre los diversos sentidos de la palabra “mística” tanto en el mundo griego, como en el mundo cristiano, véase nuestro libro “*La mística popular*”, Edit. Buena Prensa, México, 2006, pp.130 y ss.

iniciativa de conducirlos por diversos caminos y etapas hasta alcanzar la plena unión de Amor con Dios. Un ejemplo particular de ello lo vivieron algunos grandes “místicos” como San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Avila que inspirados y acompañados por Dios supieron describir sus propias experiencias místicas hasta llegar, incluso, a la cumbre del amor y la unión con Dios alcanzable en este mundo y a la que denominaron “matrimonio espiritual”.

Estos tres modos de “Presencia de Dios en el Mundo” deben con todo distinguirse de un cuarto y definitivo modo y que aquí no trataremos, que es la “Presencia de Dios en el Cielo” en la que los fieles vivirán finalmente en un mundo y un cosmos completamente transfigurado su encuentro definitivo cara a cara con Dios. Esta visión celeste, símbolo de la vida eterna, los hará completamente transparentes y deificados con Dios en su Misterio de Amor, donde Dios con sus divinas Personas hará de ellos su morada y ellos, a su vez, se reencontrarán como pueblo de Dios en Dios.

Vistos estos preámbulos relativos a los diferentes modos de la Presencia de Dios en los fieles vamos ahora a examinar más de cerca la vinculación que existe entre la “Piedad popular” y la “Mística popular”, tal como se presenta en el Documento de Aparecida en su sexto capítulo y tal como se da en el corazón y los sentidos espirituales de los creyentes de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños. Así podremos comprender mejor lo que queremos significar cuando hablamos de “Mística popular”.

Para nosotros, siguiendo el Documento de Aparecida, la “Piedad popular” es la antesala de la “vida mística de los creyentes”, y se las percibe habitualmente, a semejanza de María, en nuestros pueblos, incluso entre la gente más humilde y a veces iletrada.

Podríamos caracterizar la “Piedad popular” por una serie de rasgos muy distintivos⁷. En primer lugar los fieles viven su vinculación con Dios de un modo muy familiar y cercano. Una devota del Señor de

⁷ Para una descripción mas amplia y detallada de estas característica de la “Piedad Popular” véase nuestro libro arriba citado en la nota 6, especialmente en las paginas 165 y ss., en donde se describen sintéticamente unos 18 rasgos que la califican.



Mailín de Santiago del Estero me contaba que a ella le gustaba hablarle al Señor en su lengua nativa, la lengua “quichua”, porque mediante ella podía comunicarse mejor con el Señor, que con la lengua castellana, que había aprendido al frecuentar la escuela. En esa relación prevalece lo cordial y afectivo. Más que la boca y la mente habla el corazón. Los fieles devotos prefieren expresarse mediante un lenguaje simbólico y sensible, más que intelectual. Les gusta exteriorizar su vida interior mediante signos externos como realizar peregrinaciones, visitar los santuarios, y otros lugares de piedad donde se veneran imágenes de la Virgen o de los Santos de su devoción, que tienen gran convocatoria popular, donde se valen de signos sensibles para sus rezos y oraciones como son el rosario, el agua bendita, escapularios, medallas, estampitas, novenas y otras oraciones peculiares de cada devoción.

Además suelen acompañar estas devociones, especialmente en fiestas litúrgicas o patronales, con música, cantos, bailes y otras expresiones folklóricas, que son animadas con diversos instrumentos musicales y vestuarios bellamente compuestos y donde tampoco falta la comida de platos regionales y la bebida que alegra el corazón de los fieles. Todo esto no es el lado secular de la fiesta religiosa, sino está integrado en ella y es parte de ella. Si se baila o se canta, se baila o canta para el Señor, la Virgen o los Santos, no para sí mismos o para pasar un momento agradable o meramente divertido. Numerosos ejemplos de este comportamiento puede observarse en todas nuestras naciones de América Latina y el Caribe con una gran riqueza de matices y tonos que los hacen inconfundibles, así la “diablada” de Oruro en Bolivia, la Fiesta de Guadalupe en México, o la Fiesta del Señor de los Milagros de Mailín en Argentina, para no citar más que algunos de los más conocidos.

Estos fieles de la piedad popular están animados por una profunda “sabiduría” espiritual, que les viene de su Bautismo y que les permite contemplar a Dios en sus vidas y en todas las cosas del mundo. Sin embargo esta gracia no los exime de sus fragilidades y pecados que suelen reconocer en esas mismas fiestas de las que toman parte. Allí se ven fortalecidos en su fe y en su pertenencia al cuerpo de la Iglesia, por más que a veces no cumplan con sus deberes dominicales y no tengan la suficiente instrucción religiosa. Sin embargo ese Don del Espíritu los asiste para que puedan asumir con fe las exigencias de la

caridad y los acontecimientos difíciles de su vida diaria, incluso los más dolorosos e inevitables, con santa resignación, remitiéndose con ellos a Dios en su Providencia divina. Esto está vinculado con la devoción que el Pueblo tiene en su piedad popular a la Cruz de Cristo y de la Virgen con quienes se sienten plenamente identificados, dado que ellos también muchas veces se perciben a sí mismos igualmente crucificados.

Todo esto estimula un modo de oración contemplativa, que va más allá de la vocal, sin mayores razonamientos y nada discursiva. Estado interior que los acompaña a veces todo el día, en el trabajo y en sus diferentes quehaceres diarios e, inclusive, en sus largas noches de insomnio o de sueño profundo o en su despertar al comenzar el día. Todos estos aspectos ya desbordan la “Piedad popular” e introduce a los fieles por los caminos de la “Mística popular”.

Nos hemos acostumbrado a ver cristalizada la mística sólo en algunos pocos privilegiados por Dios, como un San Juan de la Cruz, una Santa Teresa de Ávila o algunos otros santos, que se han distinguido por sus dones místicos. Pero ya no son pocas las voces que se levantan para corregir esta reducción del campo místico y proclamar que el llamado a la Mística es un llamado a todos y muy especialmente a los más pequeños como lo muestra el indiecito Juan Diego en Guadalupe, tal como lo veremos más adelante.

Pero veamos antes cómo califica Aparecida a la “Piedad Popular” en su vinculación con los niveles más profundos de la vida espiritual de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños. De entrada nos advierte: “No podemos devaluar la espiritualidad Popular, o considerarla un modo secundario de la vida cristiana, porque sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y la iniciativa del amor de Dios” (DA 263 inicio). Aparecida es el primer documento eclesial que habla de la “piedad popular” como “espiritualidad popular” (DA 259, 263), porque ella está animada por el Espíritu Santo (DA 262, 263) y también la llama “sabiduría sobrenatural” (DA 263)

porque la sabiduría del amor no depende directamente de la ilustración de la mente, sino de la acción interna de la gracia. Por eso la llamamos espiritualidad popular. Es



decir, una espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera (DA 263)⁸.

Con ello Aparecida retoma la más antigua tradición de la Iglesia que en sus primeros siglos llamaba a los pobres y hasta a los ignorantes como verdaderos “teólogos”, porque poseían la sabiduría del amor y sabían cómo ejercitar sus sentidos espirituales para alcanzar la íntima comunión con Dios⁹.

En esta experiencia espiritual de la “Piedad popular” son muy importantes los “Sentidos espirituales”, que son como una prolongación de los “sentidos corporales”. Es aquí donde puede ponerse la

⁸ Estos textos del Documento de Aparecida no son otra cosa que la reproducción casi literal de la palabras que pronunciara en una de las sesiones de Aparecida el obispo de la Diócesis de San Miguel (Buenos Aires) Mons. Sergio Fenoy, en nombre del Episcopado Argentino, cuando al hablar de la Piedad popular, dijo: *Pido que no la consideremos como un modo devaluado o secundario de la vida cristiana. Eso sería olvidar el primado de la acción del Espíritu y de la iniciativa del amor de Dios. En la piedad popular se contiene y expresa un profundo sentido de la trascendencia, una espontánea confianza en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal. Es también una expresión de sabiduría sobrenatural, porque la sabiduría del amor no depende directamente de la ilustración de la mente, sino de la acción interna de la gracia, que puede convivir con muchos condicionamientos intelectuales, psicológicos y morales. Por eso invito a hablar de una ‘espiritualidad popular’, o de una ‘mística popular’, o de una ‘vida teologal popular’. Así podremos expresar que los retiros, las visitas a los monasterios o las experiencias que se dan en grupos y estructuras eclesiales, no son el único modo posible de la espiritualidad. Hay también un modo de espiritualidad cristiana, muy espontáneo, integrador de lo corpóreo, de lo simbólico y de las necesidades concretas de las personas. Es una espiritualidad inculturada, que no por eso es ‘espiritual’, sino que lo es de otra manera’.*

⁹ Véase nuestro trabajo “La mística popular”, citado más arriba, cuando en pagina 103 decimos *“En la primitiva tradición de los Padres, ‘teólogo’ es el que ora, el que tiene experiencia directa de Dios, discernible por el trato personal, íntimo, afectivo con el Señor, y no el que se aplica al estudio sobre Dios. Fue Evagrio Pónico (345-399) el primero en decir que ‘teólogo’ es el ‘orante’ y no el estudioso acerca de Dios. Para los Padres hasta los ‘ignorantes’ según el mundo podían ser ‘teólogos’ y ‘místicos’, es decir, hombres y mujeres traspasados e inhabitados por el Misterio Divino”. Incluso en pleno siglo XIV Gerson cuando escribe sobre la “mística teología” dirá: “aunque sea noticia suprema y perfectísima, ella sin embargo puede ser poseída por cualquier fiel, aún si fuera una humilde mujer o un iletrado” (Ibid.p.133, nota 182). Gerson es consciente de que la “teología mística” no es la “teología especulativa”, tal como la concibió el Medioevo. Sin embargo no dejará de sostener que “los simples iletrados por la fe, la esperanza y la caridad, llegan más rápido y sublimemente a la teología mística que los eruditos en teología escolástica o discursiva” (Ibid). Para comprender esto no debemos olvidar que para Gerson “la ‘teología mística’ es conocimiento experimental de Dios a través del abrazo del amor unitivo” (Ibid.).*

vinculación entre “Piedad popular” y la “Mística popular”, ya que esta mística no niega los sentidos para llegar a Dios, sino que los transforma. La tradición cristiana ha forjado una verdadera doctrina acerca de los “Sentidos espirituales”¹⁰. A semejanza de los cinco sentidos corporales los fieles despliegan por la gracia de Dios cinco sentidos espirituales, que permiten internarse de un modo muy vital en el misterio divino para captarlo en toda su hondura. Así hay un “ver” espiritual, un “escuchar” espiritual, un “tocar” espiritual, un “gustar” espiritual y un “oler” espiritual, donde el “tocar” es el primero de los sentidos místicos. De allí la preferencia del pueblo sencillo para “tocar” las imágenes, ya que por su fe al “tocar” las imágenes están tocando al mismo Dios y a todo lo que tiene que ver con lo divino. En general en nuestros medios populares donde se vive la “piedad popular” los fieles ejercitan cotidianamente los sentidos espirituales tal como lo manifiesta este testimonio:

Por ejemplo, en ellos el ver es un ver espiritual. Al ver la imagen de la Virgen dicen ‘ahí está la Virgen’. No se refieren a un bulto, a una cosa, sino a una persona a quienes está viendo. Perciben la belleza de la imagen, pero en ella perciben la belleza de quien es inmaculada. Ven la belleza de la inocente, la sin mancha, toda pulcra. El tacto también es espiritual. Al recibir las estampas hay veces que se estremecen. Se abrazan a la estampa, se agarran a ella como si se estuvieran agarrando del cuerpo de la figura de la estampa. En algunos parece que sienten algo interior que los estremece, lo cual puede verse cuando cierran los ojos y mueven sus miembros sin moverse de lugar. Suelen tocar los pies y las manos de Cristo crucificado. Parece que tocan sus heridas, sus llagas, como quien acariciara la piel del que está sangrando, del herido y lastimado. Tal vez, a sabiendas de que Cristo, sufre por los pecados de cada uno, lo tocan como queriendo curar la llaga que ese mismo pecado provocó. También tocan los mantos. Parece que buscan recibir la gracia, algo que sale de ahí, que los protege, que les es dado. Así también, por ejemplo, con la Virgen del Valle. Hay un rito, llamado la ‘pisada de la Virgen’,

¹⁰ Véase Auguste Poulain S.J., “*Des Graces d’oraison. Traité de theologie mystique*”, Paris, 1906, Cap. VI, pp.87-109.



que es ponerse debajo de la Virgen para que ella ‘pise’ sus cabezas. Así, se sienten cuidados por la Virgen, protegidos. Valoran mucho el ser ‘tocados’ por el agua bendita. Sienten que los alivia, que refresca la sequedad propia del mundo. Se oyen exclamaciones de alivio, como quien recibe un vaso de agua en un día de mucho calor. El agua bendita moja el alma y reconforta a la persona. Muy valioso es también el ser ‘tocado’ por el ministro sagrado. Piden al Ministro que toque las cosas y que los toque, que los signe, que ponga la mano donde sea necesario. Parece que Dios o Cristo en persona los toca, los acaricia, los bendice¹¹.

Otro buen ejemplo de la aplicación de estos sentidos espirituales lo podemos encontrar en una peregrinación popular, como la que se describe en el mismo texto de Aparecida (cfr. DA 259). En cualquier peregrinación de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños se puede reconocer

al pueblo de Dios en camino. Allí, el creyente celebra el gozo de sentirse inmerso en medio de tantos hermanos, caminando juntos hacia Dios que los espera. Cristo mismo se hace peregrino, y camina resucitado entre los pobres. La decisión de partir hacia el santuario ya es una confesión de fe, el caminar es un verdadero canto de esperanza, y la llegada es un encuentro de amor. La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera, que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede hacer. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual.

Hermoso texto que brota de una experiencia peregrinante donde están en movimiento todos los sentidos espirituales. Este ejemplo lo podemos extender a otras muchas manifestaciones de la “piedad

¹¹ Testimonio personal de Ernesto Ferraro (2011).

popular”, que por otro lado son muy patentes a todos aquellos que mínimamente se acercan a ellas o que la viven en sí mismos. Por eso creemos que, por la ya dicho y expresado arriba, podemos pasar a la “tercera parte” de nuestro trabajo, que va a tratar ahora más específicamente el tema de la Mística popular en la ciudad.

3. La mística popular y la ciudad

Antes de comenzar a tratar este tema nos será conveniente detenernos un poco en explicitar lo que entendemos por “mística”, más allá de lo que ya hemos dicho anteriormente. Eso nos permitirá luego avanzar sobre el concepto de “mística popular” tal como la viven nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños en nuestras ciudades.

Sobre el concepto de “mística” la bibliografía es enorme y evidentemente aquí no podremos examinarla en su totalidad. En su lugar proponemos expresar un sentido de “mística”, que es el que nosotros utilizamos en este trabajo. Así el lector tendrá una mejor guía para poder comprender nuestro discurso posterior. La “mística cristiana”, que es aquí a la que apuntamos, es una experiencia espiritual en la que los fieles, conducidos por el Espíritu, sienten y experimentan una presencia amorosa de Dios que los conduce, los envuelve y los transforma completamente y que se expresa por una serie de manifestaciones, que la distinguen de otras experiencias sensibles. Ya Gerson en el siglo XIV decía, según lo adelantamos arriba en la nota 9, que es un “conocimiento experimental de Dios a través del abrazo del amor unitivo”. Más recientemente Leonardo Boff la describe un poco más extensamente cuando dice: “La mística es aquella forma de ser y de sentir que acoge e interioriza experiencialmente ese Misterio sin nombre y permite que impregne toda la existencia”¹². El mismo Augusto Guerra en su artículo citado en la nota anterior dirá a su vez quién es el “místico”. Es el que vive “con cierta calidad según la guía del Espíritu...y sabe por experiencia, conoce, sabe y saborea desde dentro lo que el Misterio trabaja en él y la tarea que al hombre le toca, una tarea hecha de docilidad. Ese es un místico”¹³. No hay duda de que todas estas afirmaciones son

¹² L.Boff, *Ética planetaria desde el Gran Sur*, p.90, citado por Augusto Guerra (2007). La experiencia mística: vida en el Espíritu. *Revista de Espiritualidad* (264-265), p.395.

¹³ A.Guerra en el artículo arriba citado, p.417.



aproximaciones a un acontecimiento del todo inefable.

Veamos ahora brevemente algunas de sus características para no quedarnos en su sola definición, que siempre tendrá sus más o sus menos¹⁴. En primer lugar la experiencia mística tiene que ver con el Misterio de Dios y de su amor centrado en Jesucristo tal como San Pablo nos lo dice en Col.2,2. Pero este Misterio es tan profundo e inabarcable que se extiende también a la Iglesia que está en comunión con El, según Ef.5,32. Los adentrados en este Misterio por el Bautismo son conducidos por el Espíritu que los hace cada vez más conscientes de estar insertos en este Misterio, ya sea de un modo gradual o de un modo repentino, tal como lo vivió un San Pablo en su camino a Damasco.

Esta experiencia mística también es rica en vivencias que afectan a todo el ser humano en su sentir, su imaginar, su pensar, en su decidir, en su obrar. Habrá experiencias que son gozosas, pero también podrán darse otras que serán oscuras, sufridas y difíciles de llevar como la “noche oscura” del alma, de la que habla San Juan de la Cruz. Como consecuencia de lo anterior, la experiencia mística es de por sí “inefable”, tanto en sus claridades como en sus oscuridades. El Misterio, en el que es introducido el místico, es insondable y por lo tanto jamás podrá ser enteramente explicitado. A pesar de ello la experiencia mística exige del sujeto “docilidad” a las vías que les sugiere el Espíritu Santo que lo conduce. De este modo el místico por su “pasividad”, la cual no debe ser confundida con la inacción, es llevado por el Espíritu a un nuevo tipo de acción, totalmente impensada anteriormente. San Juan de la Cruz dirá “si el alma busca a Dios, mucho más lo busca su amado a ella”¹⁵.

La experiencia mística, además, introduce al místico de un modo muy singular en el mundo de las relaciones interpersonales con las personas divinas, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tal como las viviera un San Ignacio de Loyola u otros santos. Estas relaciones son por lo general sencillas, no discursivas. Pero sí dialogadas con lenguajes que integran los silencios, la adoración, los afectos, y las palabras, tales como las vivieron

¹⁴ Para una descripción más detallada de estas características véase nuestra obra arriba citada en nota 6, *“La mística popular”*, especialmente pp. 60-67 y pp. 129-138.

¹⁵ S, Juan de la Cruz, *“Llama de Amor viva”*, Canción III, nº. 28,

Juan Diego en las apariciones de Guadalupe, Bernardita en Lourdes, Santa Teresita en su escondida vida conventual en Lisieux o como lo viven también hoy gran parte de nuestros fieles del catolicismo popular. Ya vemos por todo lo dicho que no son los así llamados “fenómenos místicos”, como son los éxtasis, visiones, levitaciones, estigmas, bilocaciones, etc., los que propiamente caracterizan la experiencia mística. A veces ellos pueden acompañar a algunos de los estados místicos, pero de ningún modo son imprescindibles para caracterizar lo “místico”. Pensar que están asociados ha llevado erróneamente a suponer que la experiencia mística es un privilegio de unos pocos elegidos. Es interesante recordar lo que dice al respecto un comentador de San Juan de la Cruz: “Contra los prejuicios de que la mística supone una cierta anormalidad y contra el elitismo de los que juzgan que los dones de Dios están reservados a pocos, San Juan de la Cruz está convencido de que los dones místicos, aún los más elevados, están destinados a todos”¹⁶.

Pero esto no significa que la experiencia mística no esté asociada a ciertas experiencias senso-espirituales como son “lágrimas”, “hablas o palabras interiores”, “toques” y otras operaciones de los “sentidos espirituales” tales como los hemos descrito más arriba. Lo ilustra muy bien un texto de San Agustín cuando dice:

¿Qué es lo que amo cuando te amo? No una belleza material, ni la hermosura temporal. No el resplandor de la luz tan amable a los ojos terrenos. No la suave armonía de melodías y canciones. No la fragancia de flores, de perfumes, de aromas. No el maná ni la miel ni miembros gratos a los abrazos de la carne. Nada de eso amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, cuando te amo, es cierto que amo una cierta luz, una voz, una fragancia. Un alimento y un abrazo. Luz, voz, perfume, alimento y abrazo de mi hombre interior, donde mi alma está bañada por una luz que excede el espacio, donde oye una música que no arrebatara el tiempo, donde respira un perfume que no abraza algo de lo que la saciedad no puede separar. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios”¹⁷.

¹⁶ José Luis Idígoras S.J., “San Juan de la Cruz y la mística popular”, *Revista Teológica Limense*, Vol. XXV, nº 2 (1991), p. 181.

¹⁷ San Agustín, *Confesiones*, X, 6.



Estos “sentidos espirituales” aunque superan a los “corporales” en extensión y profundidad, sin embargo en la práctica popular ellos están íntimamente unidos entre sí como lo muestra este hermoso testimonio que sucedió cerca de Manila en Filipinas, pero que sucede también con frecuencia en nuestros ámbitos latinoamericanos y caribeños:

A mi alrededor he visto gentes sencillas besar y tocar estatuas de nuestro Señor. Los he visto frotar las estatuas con sus pañuelos y frotar luego con esos mismos pañuelos todo su cuerpo y el cuerpo de sus hijos. Sé que esto choca a algunos visitantes. Pero para mí es profundamente cristiano e incluso contiene un elemento de mística, la mística de los sentidos. La gente se sumerge en la humanidad de Jesús. El sentido del tacto es profundamente significativo para ellos ¡Sangre de Cristo, embriégame!, ¡Dentro de tus llagas escóndeme!¹⁸.

Pero la experiencia mística va más allá del sentir corporal y espiritual. Ella es en última instancia una experiencia de “unión y transformación” del amante en el amado, tal como lo dice el Cantar de los Cantares. San Juan de la Cruz lo expresa también muy claramente al decir:

Cuando hay unión de amor, es verdad decir que el Amado vive en el amante, y el amante en el Amado; y tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los amados, que se puede decir que cada uno es el otro, y que entrambos son uno. La razón es, porque en la unión y transformación de amor el uno da posesión de sí al otro y cada uno se deja y trueca por el otro; y así cada uno vive en el otro y entrambos son uno por transformación de amor¹⁹.

Todo esto nos indica que la experiencia mística se inscribe en un proceso que no se debe a la mera industria humana, por más empeño que se ponga, sino que es el resultado de la iniciativa divina, que nunca faltará, pero que necesita también de la cooperación humana. Es el rol conjunto de Marta y María, prototipos de acción y de la contempla-

¹⁸ W. Johnston, *El Ciervo vulnerado. El misticismo cristiano hoy*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1986, 9. 93.

¹⁹ San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 12, 7.

ción en el Evangelio (Lc. 10, 38-41). Así lo siente la misma Santa Teresa cuando dice: “creedme, que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerlo siempre consigo...”²⁰. Y nuestro pueblo sencillo, abierto al Misterio divino, así lo siente.

Ahora nos toca ver, también brevemente, cómo esa vida mística se despliega con diversos signos en nuestro catolicismo popular latinoamericano y caribeño, hoy concentrado mayoritariamente en sus grandes ciudades²¹. El Documento de Aparecida es el primer documento eclesial de nuestro continente que introduce la palabra “mística popular” al final del n° 262 para caracterizar la piedad de nuestros pueblos. Allí se dice que ella encierra dentro de sí un “rico potencial de santidad y justicia”. Esta “mística popular” está sumergida en el Misterio Divino y brota directamente de su seno, pero no queda clausurada dentro de ella misma, sino que se inserta con toda su fuerza y justicia en el mundo de todos los días. El mismo Documento de Aparecida lo expresa al decir: “En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos sigue siendo una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe” (DA 264).

Nuestros fieles que viven esta inmersión en el Misterio sagrado, al mismo tiempo caminan por las calles de nuestras ciudades como lo hace cualquier otro que no tiene conciencia de ese Misterio. Ellos también son miembros de esta sociedad secular y se comprometen con ella como el mejor de sus ciudadanos. Pero sin embargo a veces sienten o extrañan su vinculación con la naturaleza, sobre todos aquellos que no han nacido en la ciudad, sino que han venido del campo a la ciudad. Recuerdo el caso de una mujer que me contaba en medio del monte santiagueño cuánto le costó vivir en la ciudad de Buenos Aires a la que había ido a trabajar. Le tocó vivir en una pieza de una pensión cercana a la plaza Once. Por la noche cuando se acostaba se sentía allí como aprisionada y ahogada entre esas cuatro paredes. Por eso volvió a su tierra, a su casa que la cobijaba con su familia y me decía: “Vea, Padre, ahora aquí puedo vivir y también dormir sin angustias”. Y señalándome su camastro que estaba en medio del patio de su finca

²⁰ Santa Teresa de Jesús, *Las Moradas*, 7,IV, 12.

²¹ Para una exposición más amplia de estos signos véase nuestro libro arriba citado “*La mística popular*”, especialmente pp.172-178 y 188-193.



me dijo toda gozosa: “Padre, aquí duermo en el verano al aire libre y acolchada por las estrellas, ¿puedo pedir algo más?”. Me transmitió con esas palabras tan sentidas su más profunda experiencia mística vivida en contacto con la naturaleza.

En las grandes ciudades no suele ser así porque son más bien escasos los espacios fluidos y abiertos donde pueda darse ese contacto directo con la naturaleza. De ahí que los fieles deben suplir esta carencia creando sus propios espacios para encontrarse con Dios, que no deben ser obviados. En medio de sus ajetreos ciudadanos ellos no pierden la conciencia de que su vida es un don de Dios, que se les brinda cada día. La cercanía con los demás, que comparten con él su vida tanto en la familia, como en el trabajo, les permite tener una actitud abierta a las necesidades de los demás. El don se hace así un don compartido. Por eso la solidaridad es una de sus virtudes. La gratuidad de ese servicio es una de sus características primordiales. El don se entrega sin esperar recompensas.

En los barrios populares donde la gente vive muy abigarrada en viviendas precarias es todavía común ver la tradicional “minga” en la que varios vecinos se juntan para ayudar a otro vecino que lo necesita para arreglar su techo o reparar su vivienda. Allí nadie paga nada a nadie. Todos lo hacen gratuitamente. Lo único que se ofrece es un almuerzo para todos donde se celebra la obra terminada. Estos son nuevos “espacios” que se logran en medio de nuestras ciudades donde los participantes reencuentran sus mejores valores cristianos y comunitarios. Allí también está presente el Misterio de Dios en medio de la ciudad.

Esa solidaridad también se hace presente cuando en la familia hay algún enfermo. Aunque el enfermo no sea un familiar, sino un vecino, tal como se da en los barrios populares, sus vecinos no son indiferentes a su dolor, sino que se acercan y se desviven para ayudarlo, como lo hizo el buen samaritano del Evangelio con aquel hombre tirado en el camino. Como lo dice Aparecida “Dios vive en la ciudad en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos” (DA 514). Los grandes edificios con sus “departamentos” individuales, o los “nuevos barrios cerrados”, donde la gente vive sin tener relaciones unos con otros, son un verdadero desafío para la

Pastoral urbana, que busca instaurar en todos los espacios de la ciudad verdaderas comunidades de vida y de servicio mutuo. Creemos que la proliferación de las nuevas tecnologías de la comunicación, aunque muy útiles para una gran cantidad de cosas ligadas a la vida diaria, sin embargo no pueden suplir ese contacto directo, afectivo y vivencial que se debe dar entre aquellos que habitan un mismo espacio ciudadano.

La fiesta es un ejemplo de ello ya que genera un nuevo espacio donde la gente se reencuentra y se desprende de su semanal anonimato. Fiestas familiares o vecinales en las sociedades de fomento o en algunos “clubes” son lugares donde se refuerzan los lazos más personales con los demás. Aquí también está Dios, más allá de cualquier desborde que nunca falta.

Entre estos desbordes hay que contar hoy día con las “adicciones” al alcohol y a la droga, especialmente en las grandes urbes. Ya no son meros “vicios” individuales, sino en algunas naciones y grandes ciudades, como sucede actualmente en México y muy especialmente en la ciudad de Juárez, cercana a la frontera con Estados Unidos, estos problemas son suscitados y sostenidos por verdaderas organizaciones llamadas “Carteles” que no solamente se encargan de la producción y comercialización de la droga, sino que también llegan a dominar vastas regiones urbanas y se convierten en señores de la vida y de la muerte de aquellos que se oponen a su hegemonía, como lo muestran los terribles “asesinatos” y “ejecuciones”, que se suceden cada día al margen de la ley. La lucha contra estos “Carteles” del crimen organizado no es tarea fácil, dado que estos están infiltrados hasta en las mismas organizaciones estatales, que deberían estar prontas a su desmantelamiento. Hemos sido testigos en México, en la misma Basílica de Guadalupe, de muchos testimonios de personas que me contaron dramáticamente como su fe en la Virgen los sostenía en esta lucha para revertir esta situación que pone en peligro la habitabilidad y la paz en las ciudades mexicanas. Y allí también se hace presente Dios a través de la fe y de la mística guadalupana que anima desde dentro al pueblo mexicano.

Pero felizmente también se dan otros espacios donde los ciudadanos salen de esa lucha y se reencuentran consigo mismos y con



los demás. No son pocas las organizaciones públicas y privadas que se dedican a la recuperación e inserción de todos aquellos que han caído en las redes de la droga o de la violencia familiar donde se plantean graves problemas de género a que se ven sometidas muy especialmente las mujeres, y también los niños y los ancianos.

Hoy se han multiplicado también grupos donde se cultiva a la vez la amistad y el servicio. No pocas ONG se han creado para salir a enfrentar estos problemas de nuestras poblaciones urbanas, que buscan su recuperación física y psicológica, a las que no llega la ayuda oficial. También el deporte es una actividad que se realiza de variados modos en la ciudad, tanto en clubes, como en espacios públicos como son los parques y paseos. Caminar, andar en bicicleta, jugar a la pelota o ejercer algún otro deporte o el simple hacer gimnasia no sólo hace bien al cuerpo, entumecido por el estudio o el trabajo rutinario semanal, sino también tiene el efecto de sentirse mejor y desde allí fortalecer su espíritu y sus sentimientos. La vida interior no puede ignorar la corporalidad de la que estamos constituidos. Por eso a través del ejercicio físico, cualquiera que él fuere, y de otras iniciativas que se realizan en bien de la comunidad, como los “campamentos de trabajo”, las “jornadas” de vida cristiana, como la “Pascua joven”, y otras múltiples actividades, que hoy se llevan a cabo, todas ellas abren nuevos espacios donde no sólo las personas se acercan y se realizan en cuanto personas por el trato mutuo, sino también abren la posibilidad de un reencuentro con el Dios de la Vida. Ellos no son espacios meramente profanos, ellos poseen además un sentido trascendente. Es propio del místico el descubrirlo y aprovecharlo en sentido integral.

Las ciudades latinoamericanas y caribeñas suelen, además, ofrecer “lugares” especiales donde los fieles se adentran en su más íntima intimidad para hallar a Dios. Ellos son los “Santuarios” de su devoción adonde se acercan con su fe desnuda y descubierta. Muchas veces los fieles son impulsados a los Santuarios llevados por una intención o promesa que han hecho, por un empleo, un problema familiar u otra necesidad de la vida diaria. Más allá de esas peticiones, que son puestas a los pies del Señor, de la Virgen o de algún Santo de su devoción, los fieles sienten una “presencia” que siempre se les comunica y los “toca” profundamente. En estas expresiones la “devoción” se hace “mística” por el divino intercambio que allí se produce entre Dios y los fieles. Y hoy este mismo estado de

espíritu se puede extender a lo que sucede en las pequeñas “ermitas” ubicadas en un entrecruce de calles o en una plazuela donde los fieles colocan y cuidan a las imágenes de su devoción, a las que acuden para sus rogativas. Es aquí donde se reúnen comunidades de devotos de diverso origen, como pueden ser en la zona del Gran Buenos Aires, aquellos que veneran a la “Virgen de Caacupé”, ligada más a la comunidad de inmigrantes paraguayos o a la Virgen de “Copacabana”, vinculada al mundo boliviano. Todas ellas, y otras semejantes, son devociones autóctonas, que tienen su propio carisma místico.

Pero la ciudad también es propicia para crear situaciones de vida muy extremas que lleva a un límite las vinculaciones de los fieles entre sí y con el Señor. Como dice un autor a veces el fiel se siente solo en medio de la ciudad y vive “con frecuencia situaciones de pleno despojo, como colgado en el vacío, y sin otro recurso que Dios”²². Estas situaciones las vivió también el mismo Cristo ante la inminencia de su prendimiento y muerte tal como fue su oración en el Huerto cuando “comenzó a sentir temor y a angustiarse” (Mc.14,33). Fue entonces que dijo a Pedro, Santiago y Juan, que lo acompañaban, “Mi alma siente una tristeza de muerte. Quédense aquí velando” (Mc.14,34). Si esto lo vivió el mismo Cristo qué podemos esperar nosotros cuando pasamos por situaciones parecidas. Incluso a veces las situaciones que viven nuestros fieles en medio de la ciudad son todavía más extremas, como la que pasó el mismo Cristo en la Cruz cuando dijo “Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?” (Mc. 16, 34). Nuestros fieles también a veces pasan por estas situaciones en las que hasta el mismo Dios se les oculta. Son las noches oscuras del alma, como las que vivió una mujer de nuestro pueblo, la que ante una situación extrema por la que pasaba, no podía ni siquiera escuchar la voz de Dios y sentir su presencia y por eso en su angustia exclamaba; “mi Noche”, “mi Lejano”, “mi Ausente”, como intentando lo imposible al tratar de incorporar con ese “mí” inclusivo la cercanía perdida de Dios a semejanza de la Amada del “Cantar de los Cantares” que al perder a su Amado confiesa “¡El alma se me fue detrás de Él! ¡Lo busqué y no lo encontré, lo llamé y no me respondió”(Cant. 5,6). ¡Situaciones como ésta que vive nuestro pueblo también son místicas!

²² J.L.Idígoras S.J., op.cit, p.187



Sin embargo se dan también felizmente verdaderos reencuentros con Dios llenos de consolación. Nuestros fieles, a pesar de estar atormentados por terribles pruebas y ausencias, que parecen inconsolables, no dejan de buscar a su Amado hasta llegar finalmente, por la gracia de Dios y de su misericordia, ha encontrado, sintiendo lo mismo que sintió la Amada del Cantar de los Cantares cuando después de encontrarlo exclamó totalmente transformada: “Me hizo entrar en su bodega y enarboló sobre mí la insignia del Amor...y ahora con su izquierda sostiene mi cabeza y con su derecha me abraza!” (Cant.2,4) ¡Y todo esto es mística en su más profundo sentido! Del mismo modo en medios populares muchos testimonios nos confiesan cómo sienten la presencia de Dios en su interior cuando dicen: “Lo siento a Dios muy dentro mío” y se tocan el pecho para señala el lugar del “toque”. O como también lo decía aquella otra mujer cuando confesaba “La presencia de Dios me estremece”, o aquella otra, ya entrada en años, que confesaba con todo ingenuidad su experiencia trinitaria y me decía “Padre, se me presentó la santísima Trinidad y desde ella sentí que el Hijo se adelantaba y venía hacia mí y me daba a beber su vino”. Experiencia mística que vivía en su vida corriente y que expresaba con total humildad y sencillez, sin ser consciente del don místico que la animaba y la acompañaba. Estos y otros testimonios podrían multiplicarse.

En esta perspectiva también deberían incorporarse las genuinas experiencias carismáticas, que se han multiplicado en estos últimos años en nuestras ciudades latinoamericanas y caribeñas donde los dones y carismas del Espíritu Santo conmueven la vida de los fieles de modo imprevisible. Estos acontecimientos por su carácter público y social deben realizarse con cuidadoso discernimiento para evitar cualquier exceso, que a veces empañan la sublimidad del encuentro y el compromiso con la vida de caridad y amor a la cual siempre tienen que estar dirigidos,

Por todo ello y para terminar este apartado son muy a propósito las palabras de Martínez Ocaña cuando dice que debemos vivir “una mística de ‘ojos’ profundos y contemplativos; de ‘manos’ parteras de la vida...; de “pies” solidarios...;de ‘oídos’ abiertos, atentos a los gritos de dolor y los cantos de gozo del mundo; de ‘boca’ profética que denuncia y anuncia que el Reino ya está entre nosotros, pero que todavía

no ha llegado a su plenitud, que permite ‘sentir’ y ‘gustar’ el sabor de la presencia-ausencia de su Señor; de ‘entrañas’ de misericordia preñadas de vida; de ‘corazón’ apasionado, latiendo en cada aliento de vida. Una mística de ‘cuerpo sexuado’ que se hace encuentro no discriminatorio; que se hace ‘piel’, cuyos límites abarcan no sólo las pequeñas fronteras del yo, sino el mundo entero, que reconoce como ‘cuerpo de Dios’ ”²³.

Epílogo

Para terminar estas reflexiones quisiéramos decir aunque sean algunas pocas palabras sobre la vinculación de la “Mística popular” con la “Pastoral urbana”²⁴. La mística popular inscrita en el corazón y en la vida de nuestras poblaciones urbanas con ser una realidad tan vital y profunda no se halla en cuanto tal aislada de la totalidad del fenómeno urbano ni extrañada de la vida eclesial que en ella se despliega. De allí que ella debe también inscribirse en el marco de una Pastoral urbana que la tenga en cuenta.

El reconocerla y cultivarla en nuestras ciudades es también un desafío al lado de sus otros grandes desafíos como son “la multiculturalidad, el pluralismo de ofertas religiosas y la situación de pobreza y exclusión que se ha generado en ellas”²⁵. Como el mismo Mancera lo dice “Es necesario continuar en la búsqueda iniciada por José Comblin, en su libro ‘Teología de la ciudad’, de una lectura desde el ámbito de la revelación sobre la ciudad, que permita descubrir su ámbito más profundo y su vinculación con la economía de la salvación, sobre todo en la imagen de la Jerusalén Celestial, la ciudad que nos viene de lo alto (cf.Ap.21)” (Ibid.).

²³ E. Martínez Ocaña, “Invitación a la mística de la vida cotidiana”, *Frontera. Pastoral misionera* N° 19 (jul.-sept. 2001), pp.343-49 y 350-86.

²⁴ Una exposición más amplia en relación al Documento de Aparecida lo hicimos en nuestro artículo “*Piedad popular, Mística popular y Pastoral urbana. Sus vinculaciones según el Documento de Aparecida*” Op. cit

²⁵ Cfr. Jaime Mancera, “La teología Pastoral Urbana, huellas de un camino recorrido”, en *Internet*, p.6. Véase también Pbro. Francisco Niño Súa, “De la Pastoral en la ciudad a la pastoral urbana”, en *Internet*, pp.1-11, especialmente su apartado 10, titulado “La cultura urbana como desafío a la evangelización (pp.5-7).”



Pero a condición de que esta nueva Teología pastoral no se quede en un simple discurso o en una mera planificación, que será necesaria, ciertamente. Sería un lamentable error si esta Teología no incluyera con su reflexión o no impulsara con suficiente intensidad el cultivo de la experiencia mística de los humildes, incluso la de los iletrados, tal como lo vivió la primera Tradición Cristiana, para quien el verdadero “teólogo” era el “orante”, el hombre o la mujer que tiene una genuina experiencia personal de Dios. Una ayuda valiosa puede ser tener en cuenta y llevar a la práctica las sabias y provechosas recomendaciones, para instaurar o renovar la Pastoral Urbana, que se encuentran en los apartados 517 y 518 del Documento de Aparecida en la que se propone para toda la Iglesia Latinoamericana y Caribeña una “nueva pastoral urbana” (DA 517). Recién estamos en los comienzos de esta tarea que exige la intervención y colaboración de todos los estamentos de las Iglesias locales, mancomunados por regiones, en orden a confeccionar un genuino y realizable proyecto de Pastoral Urbana en nuestras ciudades latinoamericanas y caribeñas. En este caso, así lo creemos, la vida mística de los creyentes podrá ser en todo ello un excelente aliciente para encarar esas iniciativas de Aparecida y de otras múltiples acciones pastorales en favor de una nueva evangelización de nuestra ciudades latinoamericanas y caribeñas. Así lo esperamos.